

La identificación según Freud y el carácter de los pueblos

Por: ENRIQUE GUARNER

ES en el «Caso Juanito» publicado en 1909, donde por primera vez se describe el desarrollo de la identidad humana. El reporte clínico de Freud se refiere a un niño que sufre de una «hipofobia», o sea, un temor injustificado a ser mordido por un caballo.

Juanito era hijo del musicólogo Max Graff, quien estaba interesado en el Psicoanálisis asistiendo a sus reuniones semanales. El estudio tuvo por objeto demostrar la veracidad de la teoría sobre la sexualidad infantil y hacer énfasis en la importancia del complejo de Edipo en la etiología de las neurosis.

Desde antes de que cumpliera tres años Juanito mostró un vivo interés por los genitales, tanto los de sus padres como los propios. En una ocasión en que la madre lo sorprendió en una actividad masturbatoria lo amenazó con cortar los órganos. Sin embargo, ello no disminuyó la atracción del niño hacia el temor sexual y pronto descubrió que los leones, perros y caballos poseían pene, mientras las sillas, mesas o locomotoras carecían del mismo. Una noche que vio desnudarse a su progenitora le preguntó sobre su ausencia de miembro, a lo cual ella le respondió que tenía uno pequeño. De inmediato el niño afirmó: «Pensé que como eras grande tendrías uno como los caballos».

Cuando Juanito contaba cinco años sufrió un ataque de pánico en el que predominaba la idea de que sería mordido por un equino y desarrolló una «agorafobia», o sea, terror de salir a la calle. Freud se explicó la situación por los sentimientos de la criatura hacia su madre, a resulta de los cuales experimentaba una hostilidad contra su padre. La represión de esta agresión se convertía en un síntoma que no era otra cosa que un desplazamiento.

En el fondo el caso de Juanito no debe ser visto como anormal, puesto que las fobias son comunes en los niños. Lo que sí puede considerarse poco frecuente es la libertad con la cual hablaba de sus preocupaciones sexuales.

El verdadero nombre y apellido de Juanito fue Harold Graff, quien durante su vida adulta alcanzó a destacarse como coreógrafo del Metropolitan Opera House de Nueva York. Fue la identificación de nuestro personaje con su padre la que condicionó un final feliz a la historia, pues abandonó todas sus fobias, así como sus deseos eróticos hacia la figura materna. Cabe añadir aquí que a la edad de 19 años y careciendo de síntomas fue cuando Juanito visitó a Sigmund Freud y le dijo que había leído el reporte clínico, pero que no se acordaba de lo ocurrido.

Por medio de la introducción del concepto de identificación, el descubridor del Psicoanálisis resolvió dos grandes problemas: 1) la continuidad de la conciencia moral de una generación a la siguiente y la adopción por parte de los hijos de los valores de sus padres. 2) La aprobación en forma definitiva de una identidad que da cabida a los deseos, conducta y elementos del propio sexo.

Puede afirmarse que estas dos contribuciones constituyen descubrimientos esenciales, puesto que antes de ellas se pensaba que la conciencia moral se derivaba exclusivamente de la religión y que las variedades estéticas de los seres humanos se producían por conflictos que se derivaban de la absorción del bien y del mal. Era por ello que se consideraban degenerados a los antisociales, criminales o perversos sexuales.

En «El esquema del Psicoanálisis» publicado en 1939 y que fuera el artículo final de Freud se nos dice: «El largo periodo de la infancia en el cual somos dependientes deja un precipitado cuya influencia se prolonga para siempre. Los progenitores no solamente contribuyen en la formación de la personalidad, sino que existen aspectos raciales, nacionales y tradiciones familiares que demanda el medio social en el que habitamos».

Está última reflexión de Freud en la cual nos menciona la posibilidad de encontrar los factores que determinan la identidad de los pueblos va a dar lugar a que en los próximos artículos reflexione sobre las características fundamentales que observamos en las diversas naciones que componen el mundo.

Mi concepción tendrá que derivarse de numerosas lecturas que comienzan desde «La Biblia» o los «Vedas». Por supuesto que «La Germania» de Tácito, así como las impresiones de Aristóteles, Herodoto o Tucídides me fueron útiles ya que en sus escritos se encuentran bosquejos de los pueblos que en su época existieron. Sin embargo, éstos cambian y lo que era cierto acerca de los bárbaros en tiempos del imperio romano, no lo es tanto del alemán del presente. A pesar de ello el fondo histórico y sociológico permanece, porque condiciona el desarrollo del carácter que incluye la manera como se relacionan las estructuras psíquicas.

La traducción por La Bruyeres del libro «El carácter ético» escrito originalmente por Teofasto en 360 antes de J.C. popularizó el uso de la palabra temperamento y a partir de 1700 numerosos autores se dedicaron con mayor o menor capacidad a describir los principales rasgos caracterológicos de algunas naciones. Puede afirmarse que con Kant el intento llegó a un cierto grado de perfección, sobre todo cuanto el filósofo distinguió el carácter físico para diferenciarlo del moral. En su «Antropología de los pueblos», llega a detallar su concepción sobre los ingleses, franceses y españoles.

Autores posteriores como Humboldt, Montesquieu, Chardin, Ferguson y otros utilizaron retratos que consideraron permanentes en los ciudadanos de distintos países. A principios de este siglo el sociólogo Alfred Fouillée efectuó un copioso análisis de un continente en el libro que intituló «Esquisse psychologique des peuples européens». Su defecto partió del racismo del autor y de la hipertrofia de las cualidades de los franceses.

En tiempos más modernos han aparecido escritos de Croce, Barzini, De Gramont, Priestley, Groth, Ramírez y muchos otros que han estudiado un sólo pueblo al que pretenden fijar rasgos homogéneos.

Desde luego que reconozco la gran dificultad de la tarea que voy a emprender, pero aún así no la considero inalcanzable. Se sabe que en 1890 el psicólogo inglés Francis Galton fue capaz por medio de fotografías superpuestas de hacer visibles diferencias genéricas entre ingleses, alemanes, franceses e italianos. Es decir, que aún en las fisonomías existen rasgos dominantes que son característicos. Esto no quiere decir que haya razas humanas distintas y en esta serie de artículos me alejaré lo más que pueda del concepto y seguiré el criterio de la UNESCO, de acuerdo con el cual:

«Los científicos han llegado a una conclusión al reconocer que la humanidad es una y que todos los hombres pertenecen a la misma especie Homo Sapiens. Esto se deriva de que partimos de un tronco común y que las variedades existentes se deben a factores evolutivos de diferenciación, tales como el aislamiento, el impulso o a la fijación de partículas materiales o genes; los cuales controlaban la herencia, la hibridación y la selección natural. De esta manera han surgido conglomerados de estabilidad y grado de avance variable, los cuales han sido clasificados en forma desigual obedeciendo a propósitos diversos».

Por lo tanto no existirá en mi criterio ninguna idea racista y me basaré en viajes y algo más importante como es el haber sostenido largas conversaciones con personas de distintas nacionalidades que me dejaron impresiones acerca de su manera de ser.

Los artículos que se van a leer no son más que bosquejos psicológicos, pero los prefiero a retratos acabados que estén plagados de pormenores. Un pueblo no puede entrar en una fórmula precisa y es por esta razón por la que voy a mezclar la ciencia psicoanalítica con mi capacidad artística a todas luces elemental, dando lo que se podría denominar como pinceladas.

El estudio de las nacionalidades resulta particularmente difícil porque envuelven el medio físico que las rodea, su historia y literatura, la religión dominante, sus artes, ciencias y sobre todo la composición social que predomina en ellas. No obstante, todas sufren un proceso de identidad que hace que los nacidos allí consideren como propio. Las relaciones con sus figuras, profesores y más que nada de unos con otros, condicionan lo que podríamos denominar el carácter nacional. Este último no será otra cosa que la forma habitual como el yo funciona en relación a sus impulsos, la conciencia moral que se nos impone y la realidad que sentimos alrededor.

Por último, tengo que añadir que una dificultad que suele surgir al trazar el retrato psicológico de un pueblo parte de que si se pertenece al mismo se puede hacer una proyección de lo propio. Por otro lado si describimos a un extranjero sabemos de antemano que no sentimos como él. De cualquier modo vale la pena superar los obstáculos y hacer apreciaciones que nos deje una imagen que aunque incompleta se acerque a la objetividad.